

Una chica melancólica y expresionista *

Fátima Uríbarri

Periodista

E-mail: fauribarri@gmail.com

David Foenkinos (París, 1974) saltó a las listas de libros más vendidos en 2009 con *Delicadeza*, una obra muy del gusto femenino. Vendió más de un millón de ejemplares y triunfó después también como película, dirigida por el propio Foenkinos y su hermano Stéphane y protagonizada por Audrey Tatou (la célebre intérprete de *Amélie*). El filme también fue un éxito comercial. Los lectores ya los tiene Foenkinos: tras el éxito de *Delicadeza*, sus fans se abalanzaron sobre sus siguientes títulos, *En caso de felicidad*, *Los recuerdos*, *Estoy mucho mejor* y *Lennon*. También le llovieron premios. No mereció los grandes, pero con *Delicadeza* fue finalista nada menos que del Goncourt, el Renaudot, el Médicis y el Fémina, cuatro galardones muy prestigiosos. El escritor francés ha continuado en su ascenso por la cima del éxito y parece que con su último libro. Además de los lectores, le respaldan los críticos. Con

Charlotte ha ganado el Premio Renaudot y el Goncourt des Lycéens. Ya lo tiene todo Foenkinos.

Comienza la lectura de *Charlotte* y uno tiene la sensación de adentrarse en una novela blandita, un poco cursi incluso. Pero después esa sensación se va desvaneciendo, afortunadamente. Uno de los pilares de que la atención lectora se consolide es la propia historia, una historia real. *Charlotte* es Charlotte Salomon, una pintora alemana que murió gaseada en Auschwitz, en 1943. A Foenkinos le fascinó cuando la descubrió en una exposición de sus obras. Se obsesionó con ella, ha contado el escritor. Decidió contar su vida en lo que él denomina “una biografía emocional” y que puede definirse también como un relato real (así llama Javier Cercas a algunas de sus obras, entre ellas *El impostor*) o una *non fiction* novel.

* D. FOENKINOS, *Charlotte*, Alfaguara. Barcelona, 2015, 208 pp. ISBN. 978-82-204-1926-8.

De ficción tiene poco. Es, en realidad, una biografía en la que se cuela el autor narrando los pasos que ha dado en su investigación, su visita a los lugares en los que vivió la protagonista, sus entrevistas con gente que la conoció. Es mucho más interesante la vida de Charlotte que las andanzas de Foenkinos tras sus huellas. Sus interferencias en el relato no aportan nada, sobre todo porque son una exagerada declaración de admiración de Foenkinos hacia Charlotte, algo que ya se presupone, pues ha dedicado nada menos que ocho años a la escritura de esta obra corta, de poco más de 200 páginas.

¿Por qué le ha costado tanto escribir sobre Charlotte? Por dos motivos: había poca documentación sobre ella y la tarea de investigación le llevó su tiempo, y porque le costó dar con la forma y el tono para contar la vida de su admirada pintora. A la investigación dedicó ocho años y respecto a la forma de abordar el asunto, al final se decantó por escribir de una manera diferente y dedicar una frase por línea. Sólo una. Eso le da la apariencia al libro de ser un poema largo, o un salmo. Esta manera de narrar tiene sus riesgos, sobre todo si, como hace Foenkinos al principio, se pretende que cada línea sea una sentencia redonda.

En las primeras páginas abundan. Algunas son tremendas: “Es guapa, con una melena larga y negra como las promesas”. Este tipo de frases son las que han proporcionado a David Foenkinos tantos lectores; sobre todo lectoras.

Afortunadamente, el escritor –poco a poco– va abandonando su pretensión de hacer constantes sentencias tipo Paulo Coelho y opta por centrarse en la vida de Charlotte Solomon. Comienza David Foenkinos con la historia de otra Charlotte, la hermana de la madre de la protagonista. Esa Charlotte se suicidó a los 18 años y también figura en la pintura de Charlotte Solomon (que se custodia en el Museo Judío de Ámsterdam). La primera infancia de la protagonista es aburguesada y anodina. Su madre, Franzisca, es cariñosa, canta y toca el piano. Su padre, Albert, es un hombre dedicado en cuerpo y alma al sacerdocio de la medicina. Es marido y padre ausente. Es reservado, serio, como Charlotte, como lo era la madre de Charlotte, marcada por el suicidio de su hermana, hasta que nació ella.

Hasta los diez años, la vida de Charlotte son las canciones de su madre. Después, la soledad. Franciska también se suicida. Se tira por la ventana. A la niña se lo ocultan. Y entonces, con una

de esas frases rotundas que tanto gustan a Foenkinos, toca “aprender la soledad”. No es fácil contar las emociones con estilo telegrama. Foenkinos quiere hacerlo, porque la mente de Charlotte es importante. Hay que averiguar cómo era esta mujer que pintó cuadros tan inquietantes. Sus gouaches son expresionistas y desvelan un profundo estremecimiento interior. Debió ser extraña, Charlotte. Lo fue, seguro. Que era sobresaliente lo demuestra. En 1938 consiguió que la admitieran en la Academia de Bellas Artes de Berlín. Ella, una judía –cien por cien judía, en las escrupulosas clasificaciones nazis– fue admitida cuando los de su raza eran excluidos. Le abrieron la puerta gracias al empeñamiento de un profesor tozudo y valiente que detectó el talento de la muchacha.

Lo ideal era pasar desapercibido en la muy aria academia de Bellas Artes. Charlotte no hablaba, y su pertinaz silencio hizo que llamara la atención: por callada. Pero lo que la hizo destacar sobremanera –y fue su perdición– fue su talento. Ganó el primer premio de la academia. El jurado se encontró en un aprieto cuando se abrieron las plicas y descubrieron que la obra ganadora era de la judía. La chica no puede recoger el premio. Que lo recoja otra alumna en su lugar,

decidieron para salir del aprieto. Charlotte entonces abandona la academia, harta de la presión y de la injusticia.

Entonces Foenkinos se zambulle en la pasión arrebatadora que la muchacha sintió por Alfred, el arrollador profesor de canto de Paula, la encantadora mujer cantante de ópera de su padre. Aquí Foenkinos se explaya. El asunto de este enamoramiento no está del todo claro –falta mucha información sobre las intimidades de Charlotte Solomon–, pero sí lo está que Alfred Wolffsohn fue importante en su vida porque aparece retratado una y otra vez en su obra pictórica. La opresión nazi va en aumento. Los Solomon están cada vez más acorralados. Hay que marcharse de Alemania. Charlotte tiene 21 años, no necesita pasaporte, puede irse con sus abuelos maternos, que han huido al Sur de Francia y están recogidos por una filántropa estadounidense, Otilie Moore.

Es en la Costa Azul donde se consolida Charlotte como pintora. De 1940 a 1942, mientras vivió en un hotelito en Saint-Jean-Cap-Ferrat, acogida por otra mujer buena, es cuando pintó el grueso de su obras, cientos de *gouaches* que se recogen bajo el título de *¿Vida? o ¿Teatro?*. Anna Frank contó su vida en un diario, Charlotte So-

lomon la pintó. Contó con pinceladas la muerte de su madre, su amor por Alfred y su irrefrenable atracción hacia la melancolía. Siempre fue así, reservada, escondida en un misterioso mundo interior que afloraba, coloreado, en su pintura.

Es muy posible que ese carácter tan sumamente introspectivo se debiera a la terrible herencia que Charlotte recibió al nacer: su familia materna era una saga de suicidas, un linaje marcado de forma irremediable por los aplastamientos contra el asfalto, las zambullidas en ríos de aguas heladas, la ingesta de venenos incendiarios. Se suicidaron la madre y la abuela de Charlotte, y el bisabuelo, y muchos tíos y primos... Pero los nazis detuvieron la serie en seco: a Charlotte la mataron ellos. Gaseada. En Auschwitz. Estaba embarazada de cinco meses. Tenía 26 años. Su obra permanece porque se la entregó a su médico de la Costa Azul. "Es toda mi vida",

cuenta Foenkinos que pronunció al entregarla. De nuevo, una frase redonda. Pero cuando llegamos a esta sentencia ya estamos tan dentro de la vida de Charlotte que no nos importan las pretensiones poético-impactantes del escritor francés.

Charlotte es un libro que se lee fácil, y se agradece, sobre todo, porque nos lleva a la pintora Charlotte Solomon, y porque hace que permanezca la reflexión sobre la condición humana. A Charlotte la delataron. Alguien contó a los nazis que había una chica judía recluida en una casa apartada del pueblo de Villefranche-Sur-Mer. No es ésta una obra de primerísima división, pero deja el poso de una historia verdadera y trágica que da que pensar. Cuenta David Foenkinos que en el libro no ha querido incluir sus indagaciones sobre quién delató a Charlotte, para no dar protagonismo al canalla. "La delación no prescribe. Pero se soterra", sentencia. ■